

SAN JOSE, COSTA RICA

30 Marzo de 1912

Año II



Núm. 30

# RENOVACIÓN

PUBLICACION QUINCENAL

Sociología - Arte - Ciencia  
Pedagogía Racionalista

DIRECTORES:

Anselmo Lorenzo  
José María Zeledón

EDITORES:

Falcó & Zeledón  
Apartado 638

## SUMARIO

### SOCIOLOGIA

El Proletariado emancipador. VI - El Sindicalismo moderno ..... *Anselmo Lorenzo*

Conferencias populares sobre Sociología. VI - Militarismo - Progreso..... *A. Pellicer Paraire*

### PAGINAS LITERARIAS

Higiene social..... *Carmen Lira*

La novela de las horas y de los días..... *Manuel Ugarte*

La voz del pueblo..... — —

Sol de sangre..... — —

### CRONICAS SOCIALES

Epílogos..... *José María Zeledón*

20 cénts.

SAN JOSE, COSTA RICA

Imprenta Alsina

## Condiciones:

Costa Rica (trimestre) . . . . . ₡ 1.00

Extranjero (semestre) . . . . . \$ 1.00 oro am.

Numero suelto: 20 céntimos

ABONO ANTICIPADO

ADMINISTRACION: 7ª Avenida Este, 247

San José, Costa Rica

DE VENTA

en la PELUQUERÍA ESPAÑOLA

(Contiguo al almacén de comercio "La Alhambra")

En Europa deben pedirse las suscripciones a don Anselmo Lorenzo,  
calle de Casanovas, núm. 32, 2º, BARCELONA (España).

## Acusando recibo

**El Rey del Aire**, por Emilio Salgari.  
(Colección *Viajes y Aventuras*).

Hemos recibido los últimos cuadernos de la interesante narración del gran escritor italiano, cuyo título encabeza estas líneas.

En esta obra puede admirarse en todo su esplendor el talento fantástico é inagotable del creador de tantas aventuras, luchas, audacias, victorias y heroísmos. Galanamente traducida al español esta novela por el culto comandante de E. M. don Gonzalo Calvo, comprende 12 cuadernos con 20 artísticas láminas.

A continuación verá la luz **La Destrucción de Cartago** del mismo Salgari y en las mismas condiciones de publicación.

Precio de cada cuaderno, 20 céntimos.

## Cultura Libertaria

Nuestros buenos camaradas de la América del Sur, han comprendido el problema social que hoy, como ayer, tiene planteado la humanidad en los amplios pizarrones de su dolor.

Su esfuerzo libertario ya no se dirige á los hombres—no siempre sinceros y á veces desdichados con la desdicha de su voluntaria escavitud; va hacia los niños, embriones de la falange invencible del porvenir. Brote apreciable de esa labor inteligente, es la revista *Infancia*, cuyo primer número tenemos á la vista. Es

ella órgano de la «Liga Popular para la Educación racional de la Infancia», y se edita en Montevideo, república del Uruguay. Los padres que se interesen de verdad por la libre educación de sus hijos, deben obtenerla. Nosotros nos encargamos de la Agencia en este país.

El abono: un dolar al año.—Dirección: Curiales, 14, (altos), Montevideo, República Oriental del Uruguay (S. A.)

*Francisco Ferrer*. Apareció el número 17 de esta revista de enseñanza racionalista. Está dedicado á honrar la memoria del sabio naturalista Carlos R. Darwin con motivo del aniversario de su nacimiento.

El sumario [interesantísimo, es el siguiente:

«Carlos R. Darwin», por la Redacción; «En honor de Carlos Darwin», por Odón de Buen, Catedrático de la Universidad de Barcelona; «Carlos Darwin», Dr. Tomás Maestre, Catedrático de la Universidad de Madrid; «La Teoría del Transformismo y de la selección», por Paraf-Javal (París). «El Darwinismo y la Religión», por Carmen de Burgos (Colombine); «1809-1912», por el médico Navarro Mignote; y otros interesantes artículos de B. Herrero, Ballester Soto, Money, y una extensa información gráfica del Museo Nacional de La Plata, junto con otras fotografías de actualidad.

Es un nuevo y recomendable número de la revista *Francisco Ferrer*.

San José, Costa Rica

30 Marzo de 1912

# RENOVACIÓN

Año II

SOCIOLOGÍA - ARTE - CIENCIA  
PEDAGOGÍA RACIONALISTA

Núm. 30

## El Proletariado emancipador

VI

### El Sindicalismo moderno

El Comité Federal de la Confederación Nacional de Trabajo decía en el Manifiesto de 1º de mayo próximo pasado:

«El Sindicalismo es una forma nueva de asociación del Proletariado.

»Antes, las mismas secciones de La Internacional eran sociedades de oficio ó de oficios varios como preparación de futuras sociedades, en que la caja de resistencia, la administración y la propaganda imponían una cuota, y en el pago de esa cuota radicaba el derecho del asociado. La falta de pago se penaba con la muerte social, es decir, con la exclusión ó expulsión. Así lo requería aquella caja de resistencia, que era considerada como la piedra angular del edificio de la emancipación proletaria. Si en las luchas sociales con el patronato burgués, la huelga se supeditaba á la cantidad considerada como indispensable y probable para el triunfo, y cada huelguista había de contar con el subsidio que le aseguraba el pan durante la huelga, claro es que los no cotizantes, los que no habían contribuído con sus céntimos de federados no tenían derecho á subsidio; eran extraños á la organización, á su obra y á sus luchas; eran extranjeros.

»La cuota, el subsidio, es decir, el dinero... ¡todavía el dinero! hacía ilusoria, utópica, imposible, la solidaridad.

»El sindicalismo es una institución salvadora en que cada despojado, cada injuriado, cada víctima de la injusticia social hallará no apoyo compasivo, sino solidaridad positiva, verdadero compañerismo, fuerza necesaria para su satisfacción y justificación; en ella los obreros se unen en Sindicatos por oficios, por agrupaciones similares de ocupación y hasta los desocupados que por la adopción de las máquinas y por crisis industriales pueden considerarse como se dice vulgarmente sin oficio ni beneficio. Cotizan los que pueden, no cotizan los que carecen de céntimos para saciar su hambre, pero todos asocian su inteligencia individual y federan su esfuerzo colectivo y pueden formar esas grandes fuerzas, mezclas de pasividad y de energía, de resistencia y de empuje, suficientes y necesarias para imponer la razón y la justicia social prometida por el progreso.»

En los estatutos de la Confederación Nacional del Trabajo se expresa el propósito de preparar el camino para la completa emancipación de los trabajadores por la conquista de los medios de producción y de consumo, indebidamente detentados por la burguesía; de practicar la solidaridad entre las colectividades federadas para la resistencia y para la defensa; de mantener relaciones solidarias al objeto indicado, y para la inteligenciación que condu-

ca á la emancipación de los trabajadores de todo el mundo; de luchar en el terreno económico y por la acción directa, despojándose de toda ingerencia política ó religiosa.

He ahí renovado el llamado espíritu de asociación y puesto á la altura de las circunstancias, en disposición de optar á la liberación del proletariado, como la concibieron los fundadores de La Internacional.

Sin esa renovación, el socialismo corría peligro de completa esterilidad, de deshacer con la cola lo que hacía con la cabeza; porque luchar por el ideal creando instituciones reformistas, cooperativas, mutualistas ó benéficas transitorias, basadas en ideas necesariamente estacionarias, es, cuando menos dificultarle por los intereses que se crean y las pasiones que se suscitan; querer la abolición del salario y procurar con empeño insistente y preferente la mejora del jornal es convertir á los jornaleros en estacionarios y enemigos de su supresión, inspirados en aquella filosofía pancesca que declara que más vale pájaro en mano que ciento volando, ó que más vale lo malo conocido que lo bueno por conocer; querer la conquista del poder político, constituido en partido político obrero aceptando el parlamentarismo, es renunciar á la lucha de clase y á la conquista del ideal, negando que la sujeción del trabajador al capital es la fuente de toda esclavitud moral y material y afirmando que su emancipación es un problema local, regional y nacional hablar de comunismo como objetivo final después de entretener á los trabajadores con intereses sumamente mezquinos de carácter utilitario actual, aunque positivamente ilusorio en sus resultados, es dejar el comunismo reducido á la triste expresión en que se halla en la sociedad actual: la cárcel, el subsidio, el cuartel, el convento, el sufragio universal ó la soñadora utopía.

El desarrollo de la asociación obrera renovada en la forma del sindicalismo han de darle los trabajadores de la masa neutra, con su propia mentali-

dad, con su propia iniciativa, con su propia energía y tomando todo lo bueno procedente de la democracia social ó del anarquismo, libres de todo prejuicio ó compromiso de escuela ó de secta y con espíritu francamente emancipador.

Actualmente el trabajador se halla, ante todos los filántropos y demófilos de la burguesía y aun de ciertos obreros aburguesados, como un infeliz sumido en honda sima de donde quiere salir, y á cuyo borde se presentan auxiliares ofreciéndole medios teóricos para no caer, ó consejos utilizables si se hallara fuera, ó aconsejándole que siga abismado con paciencia. Nadie le ayuda á salir, y, ó se ingenia para salir solo, ó muere allí sin remedio.

En tal situación se ha de tener en cuenta que en toda asociación, federación y confederación el individuo conserva ó debe conservar su autonomía, puesto que se asocia para robustecerla; la sociedad ó sindicato se federa y se confedera para fortalecer hasta su máxima potencia la fuerza de cada individuo, de cada sociedad, de cada federación; toda sociedad, federación y confederación, considerando la influencia atávica del individuo y del medio, ha de tener un primer deber negativo: no ha de crear un centro autoritario; y correlativo con ese deber, ha de tener este otro, como resumen del pensamiento y de la acción de todos los asociados, federados y confederados: la realización positiva, íntegra é inmediata de su objetivo, no viendo en todos los obstáculos que se le opongan más que dificultades transitorias más ó menos difíciles de vencer de que ha de triunfarse al fin, cualquiera que sea su importancia, á fuerza de prudencia, constancia y energía.

Todo sindicato, federado y confederado ha de tener presente que el sindicato, la federación y la confederación de que forma parte son entidades constituyentes de una organización creada para luchar en un tiempo en que luchar es la única manera de vivir, pero que toda lucha aspira á un triunfo, y nosotros, luchadores decididos á triun-

far, vamos á conseguir positivamente el objeto que los estadistas y militaristas atribuyen á la guerra, que es la paz, pero la paz definitiva, tal y como con admirable sencillez expresan los estatutos de la Confederación Nacional del Trabajo, inspirados en los de La Internacional, y en concordancia con los estatutos de todas las organizaciones obreras que no se han dejado malar por influencias burguesas: *vamos á la conquista de los medios de producción y consumo, indebidamente detentados por la burguesía.*

Somos, pues, luchadores hoy y hemos de pensar en ser pacifistas mañana después del triunfo y tiempo vendrá en que hemos de ser luchadores y pacifistas á la vez. Y no os parezca paradoja esta afirmación, porque hoy la vemos practicada por los emancipados y emancipadores en Méjico, á quienes envío cariñoso y fraternal saludo por ser los primeros trabajadores del mundo que manejan el fusil y el azadón y practican el equitativo tomar del montón según sus necesidades.

ANSELMO LORENZO

## CONFERENCIAS POPULARES SOBRE SOCIOLOGÍA

### VI

#### Militarismo

Aplazado fué para esta conferencia el análisis del militarismo. Estudiemos, pues, tan interesante cuestión.

El militarismo es considerado por nosotros como una de las fundamentales instituciones de la presente sociedad, pues tenemos el firme convencimiento de que, al grado de cultura que hemos alcanzado, sin la poderosa organización militar, sostén material de todos los privilegios, ni la clericalla, ni la autoridad, ni la propiedad, subsistirían una hora más: el problema social sería prácticamente resuelto. Bien merece, pues, la atención del sociólogo y la de las clases obreras una institución que tiene tal mérito.

Una cualidad natural del autoritarismo es la imposición de la voluntad de quien lo ejerce. Y como quiera que la imposición excita la resistencia, por el espíritu de libertad natural en todo ser, de ello se sigue la necesidad en que se halla la autoridad de rodearse de la fuerza suficiente para amedrentar á los individuos ó á los pueblos que quiere sojuzgar, hasta el punto de que éstos se consideren impotentes para rechazar al opresor y se resignen á la completa obediencia. Siendo este raciocinio muy lógico, y por demás

abonado por la historia, bien podemos deducir que el militarismo nació y se desarrolló con el autoritarismo.

Así podríamos contar de la casta militar lo mismo que hemos narrado de la casta autoritaria; pues autoridad y fuerza viven en tan estrecha alianza, que no parecen sino un solo cuerpo. La fuerza sigue á la autoridad en todas sus evoluciones, como igualmente participa de sus triunfos y desastres: la dominación es mansa, la fuerza es poco perceptible; la dictadura es violenta, los seides del tirano no se dan punto de reposo en su atropelladora brutalidad; es el gran ambicioso que pretende avasallar el mundo; crecen las hordas devastadoras; un imperio se derrumba, sus regiones se desmoralizan y destrozan; imposible concebir un episodio cualquiera de caudillos, reyes, emperadores ó jefes de Estado, sin destacarse con brillante relieve la fuerza que les acompaña, como la sombra al cuerpo. De modo, pues, que la historia militar es la historia de la autoridad: no pueden separarse; y cuando toquen funerala para el autoritarismo, el militarismo habrá muerto.

En el actual período histórico, época de transición entre el mundo bárbaro y el civilizado, entre el dominio de la fuerza y el poderío de la razón, entre

la ignorancia y la ciencia, de la misma manera que el autoritarismo se disfrazaba con vestiduras democráticas para engañar á los pueblos, el militarismo se cubre con el manto patriótico y ostenta el escudo de la defensa del bien público. Pero esta mascarada se descubre en seguida que se trate de desprestigiar ó mermar su poder: entonces la autoridad arroja bien lejos el gorro frigio y la fuerza su escudo, presentando sólo los aceros y cañones. Nunca pueden olvidar ambas instituciones su origen, su historia, su constante propósito de dominación.

El militarismo moderno ofrece ciertamente un aspecto bien original. No es como la horda atiliana, ni como la mercenaria mesnada del señor de horca y cuchillo. Es un compuesto de dos elementos completamente antagónicos: el primero, la base de la institución, es formado por el verdadero militar, el que libremente escoge la profesión de las armas para medrar con ella, del mismo modo que otro se hace cura, magistrado ó diplomático, procedentes todos de las clases privilegiadas; el segundo elemento lo constituye el soldado, ciudadano arrebatado de su hogar, á quien encierran en un cuartel, le visten con librea militar, le dan un número, le leen la ordenanza, le entregan un fusil y le convierten en máquina destructora, siempre amenazado con la frase sacramental «pasado por las armas» á la más mínima rebeldía. Y cuando la inquisición militar ha conseguido arraigar en el ciudadano-soldado la convicción de que contra ella es inútil la resistencia y obtenido la forzada resignación del presidiario, entonces se le propaga la idea de la *gran misión* que le está confiada, la defensa de la paz pública y de la patria; se procura exaltarle con narraciones bélico-heroicas; se le habla constantemente de la gloria militar; y así lógrase armonizar aparentemente los dos elementos, por naturaleza opuestos, que constituyen la fuerza de los Estados.

Para probar cuán cierto es lo que afirmamos, basta la exposición de este

elocuente hecho: mientras con bullicioso regocijo se celebra en el seno de la familia del joven militar su ingreso en la milicia con los primeros galones puestos en su vistoso uniforme, y con la risueña esperanza de que en los disturbios sociales y en la guerra logre pronto el generalato, en el mísero hogar del joven soldado llora la angustiada madre la desgracia del hijo, acaso su único sostén, temerosa de que la horrible ordenanza ó la bala de otro soldado le inutilicen ó maten!...

¡Oh, el servicio militar obligatorio, la gran fórmula democrático-patriótica! ¡Cruel sofisma, horrendo sarcasmo lanzado á la faz del hijo del pueblo!...

El servicio militar obligatorio es un ataque al derecho individual, á la libertad del hombre, por lo mismo que se le obliga contra su voluntad y sin merecer semejante castigo. Es un atentado contra la familia, porque separa de ella al individuo más apto para el trabajo y para su sostén. Es un atentado contra la sociedad, porque se le priva de los mejores elementos para la producción, para la procreación, para el progreso humano, aumentando el número de los consumidores inútiles, alterando de este modo la buena economía social y forzando á otros menos capaces á trabajar más para mantener el militarismo con sus enormísimos gastos de pertrechos bélicos. Es una contravención á las leyes naturales, por la violenta cohibición que sufre el individuo en la mejor edad de los goces, de la expansión, marchitando sus ilusiones y esperanzas, abandonándolo al ensimismamiento y fastidio, cayendo al falso atractivo de los vicios secretos, que extenuan y atrofian los mejores organismos, como consecuencia natural de la vida de cuartel, de la exclusión del sexo bello, de la falta de medios para la satisfacción de imprescindibles necesidades, de la excitación continua á todo lo brutal y de la completa ausencia de todo lo halagador y elevado. Todo esto, que es fundamentado en la calidad de los hechos, ¿no basta para convencer que el militaris-

mo, lejos de ser una garantía del orden y de la libertad, es, por el contrario, un elemento altamente trastornador para el hombre, para la familia y para la sociedad?

Hay más: la institución militar es una cosa monstruosa: por una parte, subyuga atrozmente á los jóvenes más robustos y potentes, convirtiéndolos en instrumentos automáticos de los poderes que dominan y explotan la sociedad; y por otra, se vale de esos mismos hijos del pueblo para oprimir á los hombres y la sociedad entera; de este modo, el ciudadano-soldado es oprimido y opresor de los otros ciudadanos; y si estos alguna vez no pueden resistir las gabelas impuestas y los atropellos constantes y se irritan y rebelan, los mejores de sus hijos son los encargados de ametrillarles y reducirles á silencio; produciéndose en estos casos, muy comunes, que el hermano sacrifique al hermano, que el hijo mate á su propio padre, y tantos horrores que la humanidad contempla!... Tal es la astucia del autoritarismo; tales los efectos de la ordenanza; tal la misión del militarismo. En consecuencia, la principal causa del desorden social es el militarismo, ya que, si no subsistiese, los privilegiados se guardarían muy bien de esquilmar y oprimir á los pueblos, y la paz no se alteraría.

Hay más todavía. El militarismo, como la autoridad, son una constante amenaza contra el orden social, contra el progreso, contra la civilización y la fraternidad humana, porque así el Estado, por naturaleza absorbente, como el militarismo, por su cualidad belicosa, amigo de botín y ansioso de grados, llevan la guerra á las naciones que consideran menos fuertes que la de los que la provocan, enemistando de esta suerte á pueblos que no tienen para qué odiarse, excitando la pasión al pillaje, á la crueldad, al salvajismo; y en tanto la inhumana y encarnizada lucha llena de angustias y dolor el corazón de las gentes de esos pueblos que se ven obligados al ataque ó á la defensa, los tiranos y mandarines banquetean y brindan por sus presentes ó

futuros triunfos y rapiñas, por sus ambiciones desmedidas, encubriendo iniquidad tanta con el sofisma del *engrandecimiento y prosperidad de la patria!*... ¿Es el militarismo el guardián celoso de la paz pública, ó es su peor enemigo?

Siendo un hecho innegable que el militarismo sólo sirve los intereses de los privilegiados, contra los intereses, la tranquilidad y la libertad de los pueblos; siendo su fuerza la valla más poderosa que se opone á la evolución humana hacia su positivo bienestar, por cuanto es el sostén del Estado, de la propiedad, del clericalismo, instituciones todas ellas solidarias de la explotación de la sociedad laboriosa, creadora de todas las riquezas; siendo todo esto verdad, claro es, como la luz del día, que no son los hombres, los ciudadanos, los pueblos, los que alteran la paz y la armonía social, justificando la necesidad de los ejércitos, sino, bien al contrario, son los ejércitos los perturbadores de la paz pública, los que producen la guerra interior y exteriormente, arruinando los pueblos, condenándolos á la esclavitud y á la miseria contra toda ley natural.

No es posible admitir hoy que la arbitrariedad reinante subsiste sin la razón de la fuerza, porque bien poco cautivan ya á la sociedad las farsas religiosas, la hipocresía del Estado, los sofismas económicos, que no pueden ya sostenerse sino llenando la superficie de la tierra de cárceles, presidios y cañones. Es por esto que el militarismo es el último argumento y el último refugio de todos los explotadores: su excelsa y protectora divinidad. Vedles con qué delirante afán se apropian todos los inventos mortíferos; cómo amontonan materiales de guerra; con qué solicitud los guardan y vigilan, procurando no sean arrebatados por los pueblos; observad cómo pasean por las ciudades sus legiones de defensores, para convencer á todos de su gran poder, de que hay que someterse!...

Ellos, los opresores, saben muy bien que, á pesar de todo, no basta la fuerza para lograr el quietismo y la obediencia.

cia; que es muy superior la decisión de un pueblo resuelto á conseguir su libertad. Por esto no olvidan la argucia de propagar con toda seriedad que el militarismo es la grandeza de las naciones; que los soldados no lo son del Estado, sino de la nación; que falta á los deberes de buen patriota quien no concurre á las filas; que en ellos descansa la seguridad en el interior y la respetabilidad en el exterior, y otros muchos conceptos, con objeto de que las gentes del pueblo no adviertan el engaño y soporten fácilmente el yugo militar.

Mas este gran recurso oratorio va perdiendo en eficacia, á medida que los hechos instruyen á los pueblos prácticamente del reaccionarismo que informa la institución militar, de la iniquidad de la ordenanza, de los indecibles castigos en los cuarteles y en campaña, que muchos suicidios ocasionan; así como van comprendiendo que, aun dado el concepto mezquino de la patria, muy bien podría defenderse sin el militarismo, por medio de los armamentos populares—esto es, el ciudadano armado—principio consignado hasta en los programas democráticos y hecho práctico algunas veces, cuando se creía en la virtualidad del Estado liberal por y para el pueblo, pero que, más listos los privilegiados, apresuráronse á abandonar esas teorías y prácticas, y con hábiles pretextos quitaron el fusil al ciudadano para entregárselo al subordinado soldado; prueba evidéntísima de que no se trata de afianzar la libertad y el bien público, sino de mantener tanto cuanto sea posible la esclavitud y la arbitrariedad. El más miope ve que para defender su casa y su pueblo y su patria y su libertad, el libre ciudadano es el más indicado para ello, ya que entonces defiende sus propios intereses, y no el soldado, que sólo es el instrumento de la tiranía, en todas épocas y en todas las naciones.

Este es, pues, el nudo gordiano de la cuestión social, y mientras no sea cortado, no se verá libre la senda del progreso.

Una vez derrumbado el brutal derecho de la fuerza, la razón triunfante hallará fácilmente la manera de hacer práctica la trilogía proclamada por la Revolución francesa: *libertad, igualdad, fraternidad*.

### Progreso

Analizadas las principales bases en que descansa la sociedad presente—pues, fuera de ellas, las demás instituciones las juzgamos secundarias, como pequeñas ruedas de una gran máquina—resultan todas negativas para la emancipación humana. Demostrado queda que se han ignorado y menospreciado las leyes naturales, y que todo ha sido organizado con tan rara violencia, que no ha podido obtenerse sino intenso malestar para todos. Mucho camino ha hecho la razón, sin embargo, para esperar el común bien. Gran cosa es ya saber que éste no podrá realizarse mientras subsistan las actuales instituciones sociales, y, en consecuencia, que se impone su cambio por otras más racionales, más lógicas, más científicas, más naturales. ¿Cuáles han de ser éstas? Fácilmente surgen como deducciones de los temas estudiados, y de ellos nos ocuparemos en otra conferencia. Importa antes decir algo respecto de ese gran factor social que se llama *progreso*.

Progreso es todo adelanto, toda tendencia á la perfección; la marcha constante de las generaciones humanas, por la cual van obteniendo más ilustración, más libertades, más goces. Todo conocimiento adquirido es un progreso realizado; y asimismo el desvanecimiento de errores sufridos hasta el momento de aquella adquisición. Una verdad sabida es manantial de muchas otras verdades, y á la vez ariete destructor de gran número de preocupaciones. Así, sucesivamente, se ha formado la sabiduría humana, por la cual, aplicada á la vida individual y colectiva, ha podido el hombre desde la animalidad pura elevarse al rango del ser más consciente, caminando hacia la realización del estado



social más posiblemente perfecto. Este evolucionamiento constituye, pues, *la ley natural del progreso*.

Como ley natural que es, ciertamente es incontrastable; ella llegará á la efectividad de las grandes concepciones, de los sublimes ideales que la envuelven como luminosa aureola, cuyos brillantes fulgores arroban los corazones que palpitan por la justicia, y son para los que sufren consoladora esperanza.

Pero las montañas que han fabricado la ignorancia y la arbitrariedad en toda la redondez de la tierra, proyectan sombras inmensísimas, que no puede iluminar el progreso. Es necesario el esfuerzo y la labor de todos los buenos para derrumbarla, á fin de que la hermosa luz penetre en todos los lugares.

Las fuerzas que se oponen al progreso, y por tanto al bienestar de los pueblos, son los intereses creados y la ignorancia; en otros términos: el espíritu de dominación en unos y la inconsciencia de las masas. Sin esto, hace tiempo que viviríamos en el mejor de los mundos. Büchner dice muy bien, afirmando que: «si las fuerzas enemigas del progreso no hallasen un apoyo tan importante y poderoso en la indolencia é inmovilidad de las grandes masas, sin duda que, desde hace mucho tiempo, otro estado de cosas hubiera substituido al actual». Esa inmovilidad no la produce más que la ignorancia. ¡Ved si saben las clases privilegiadas lo que hacen en mantener inexperta y preocupada á la multitud, cuando en su quietismo fundan su poder; y considerad cuán grande es la necesidad de popularizar la ciencia constantemente!

La historia demuestra que el descubrimiento de una verdad, que la corrección de un error, ha costado grandes esfuerzos, energías individuales de mucha potencia. Pero una vez enseñada esa verdad, para bien de todos, parece que lo lógico sería que la sociedad entera se apresurase á poseerla y admitirla, elevándose hasta aquel grado de progreso; y, sin embargo, sucede

lo contrario con la masa, que, ya por su falta de preparación, ó porque sus aptitudes y energías se hallan como aletargadas por la obra de la tiranía y de la explotación, se resiste á creer cuanto se sale del rutinarismo, trastornándole cualquier novedad, sobre todo—como buen ignorante—si ataca sus quimeras y preocupaciones, y acoge perfectamente la propaganda de sus explotadores, que no cesan de decir que toda reforma y todo reformador no pueden causar más que la ruina de sus dioses, de sus creencias y afecciones. Así logran los tiranos verse aplaudidos cuando hacen auto de fe del hereje, que es un sabio; cuando persiguen y descuartizan al valeroso campeón de la libertad; cuando excomulgan y encarcelan y sacrifican á todo el que se atreve á leer un solo escrito que contenga algún emancipador pensamiento. Y lo que en los tiempos del oscurantismo ha sucedido, acaece también hoy en la posible efectividad que es dable. Que cada uno haga memoria, y se le ofrecerán en todas partes leyes de excepción, procedimientos especiales, supresión de garantías, persecuciones, martirios, y aun muertes, aplicados contra los que se atreven á hablar alto contra toda injusticia; y además, el inmenso trabajo de propaganda que efectúan todos los órganos de las clases privilegiadas para desprestigiar y metamorfosear las doctrinas que no les convienen, contando con el asentimiento de esa masa, que tan ligero préstase para procesiones, paradas y mojigangas elegíacas para *sus señores*, y que tan pronto suele irritarse contra los abnegados que aspiran á su emancipación, cual si atacasen *sus intereses*, que no tiene.

De este rápido bosquejo histórico se deduce que el progreso no se efectúa sino por el poderoso esfuerzo individual, cuya voluntad y decisión son superiores á las crueldades de arriba y á las cobardías de abajo. Estudiando los movimientos políticos ó sociales de todos los pueblos, se llega al pleno convencimiento de que todas las grandes conquistas del progreso han sido

realizadas por algunos hombres, por una minoría de individualidades. La masa indolente ha pasado de una situación á otra de mala gana, sin haber hecho nada. Ha aceptado los hechos consumados por la fuerza, y con predisposición de apoyar mejor á la reacción, si es briosa. Y ello explica esas reacciones fáciles que se operan tras revoluciones al parecer bien consolidadas: los viejos privilegios y la masa forman una fuerza capaz de derribar la revolución triunfante; pero también las revoluciones crean intereses y despiertan á muchos, y un segundo movimiento es decisivo para los liberales y aplastador para los reaccionarios, cumpliéndose la ley del progreso.

Estas enseñanzas de la historia no son para olvidadas. Deben meditar en ellas cuantos no se avienen con la pasividad del esclavo, y aspiran á que la emancipación humana sea un hecho.

Además, debe tenerse bien en cuenta que en la idea reside toda la fuerza. Es el cerebro el factor decisivo. La fuerza material nunca ha sido nada ante la idea. Convenced á las gentes, y no habrá poder capaz de dominarlas. Pues si la idea es la fuerza suprema, propaguemos incesantemente y el triunfo coronará nuestros esfuerzos. Por lo demás, no está tan lejano el gran día. La evolución se efectúa, á pesar de todos los obstáculos; la decide el progreso; la impone la necesidad y la historia; la tiene resuelta la Ciencia. Si el progreso es una ley natural, como los hechos lo demuestran; si es cierto, como lo es, que ninguna revolución se pierde—pues toda reacción es transitoria y efímera—debe cumplirse la aspiración consagrada por la gran epopeya del 93, y no puede aceptarse el siglo que fenece más que por el siglo de transición y preparación para la más ó menos próxima efectividad de aquella aspiración. Todos los grandes cambios sociales han necesitado gran número de años para solidarse; y un siglo es en el tiempo apenas un segundo.

Abarcando el conjunto de los hechos sociales, se observa que la marcha progresiva de la humanidad presenta esas

ondulaciones obligadas por la constante lucha de lo existente con el porvenir, de lo viejo con lo nuevo, acabando por triunfar lo nuevo, precisamente porque lo viejo tiene en su contra la experiencia, la realidad, y no puede ocultar sus defectos, y lo nuevo es siempre immaculado hasta su practicidad, pero con la ventaja de reunir la enseñanza del pasado con la aspiración á la perfectibilidad. En ello está el éxito y la característica del progreso. Por eso triunfa, aun con relativas pocas fuerzas, de las formidables enemigas que tan desesperadamente se le oponen. Por esto, ni la argucia de las clases privilegiadas, ni todo el poder militar, ni la ignorancia de las masas, podrán impedir que, como siempre, una minoría de individualidades, compuesta de lo más sano y de lo más inteligente de la sociedad, logre vencer al coloso reaccionario.

Si del conjunto histórico descendemos á la particularización de un determinado período, olvidando las leyes sociológicas, interesados todos en las peripecias de la continua lucha, que en cierto modo nos impide pensar en el pasado y vislumbrar el porvenir, la vacilación, la incertidumbre, el constante variar de táctica y de medios, las impacencias de unos, las exageraciones de otros, todo ello parece como que se ha perdido la brújula y que la más grande insensatez se ha apoderado de los hombres; y, sin embargo, todo ello es natural y fructífero; pues así como el constante movimiento produce las bellas formas y sorprendentes efectos de la Naturaleza, de la misma manera en la sociedad humana esa especie de torbellino de voluntades que se agita incesantemente prepara los entendimientos para la nueva evolución y determina al fin la reunión de los elementos, la buena inteligencia de esas minorías valiosas suficientemente aptas para interesar á su causa á una parte de la masa bastante á contrarrestar las fuerzas contrarias y vencerlas é implantar el nuevo orden de cosas que constituye la aspiración de los amantes del progreso.

Teniendo en cuenta todo esto, es poco menos que inútil disertar acerca de los mejores medios para lograr cuanto antes la realización de nuestros emancipadores propósitos.

Trabajo, movimiento, ciencia. He aquí todo lo que se necesita.

Bien impuestos de la decisiva potencia de la ley del progreso, sólo nos

resta examinar cuáles son los fundamentos en que ha de asentarse el nuevo edificio social más conforme con la Naturaleza y la Ciencia y que mejor garantice el bienestar humano, lo que constituirá la tercera y última parte de nuestro trabajo, que dejaremos para otro día.

A. PELLICER PARAIRE

## PÁGINAS LITERARIAS

### Higiene social

No hay que pensar con tanta amargura de los hombres—me dijo mi buen amigo. No crea usted que sólo saben ser malos. En el fondo de las conciencias más negras se ve relampaguear á veces esa alma que á tantos hombres ha hecho grandes. Y luego? Vaya usted y viva entre el pueblo y verá á muchas de esas gentes que le son indiferentes ó que le producen lástima, efectuar actos admirables que hacen pensar en Jesús, en Vicente de Paúl. Y allí no hay artificio, ni el cálculo que sin quererlo ponemos nosotros *los leídos* en nuestros buenos actos. Son divinamente espontáneos. ¿Sabe usted en qué pienso al sentir sus bellas acciones? En esas preciosas y delicadas orquídeas que florecen sobre la corteza dura y arrugada de los grandes árboles de nuestros bosques.

Le contaré algo que acabo de presentarle en estos días; algo que quizá Tolstoi no hubiera desdeñado para una de sus historietas. Oiga usted.

Teníamos en casa una sirvienta, una humilde muchacha del pueblo. No es bella, pero emana de su persona tal dulzura que no es posible vivir á su lado sin quererla. Me gustaba verla trajinar por la casa con su sonrisa suave; me hacía el efecto de una fuente-cilla de agua clara, de esas que corren sin murmullos y que llevan consigo su frescura silenciosa.

Más tarde, con gran admiración mía, supe que vivía con un hombre muy vulgar, un tratante de caballos, borra-

cho y grosero. Un día me contaron la había maltratado y yo la pregunté que si lo amaba tanto que sus ultrajes no bastaban para que ella procurara alejarse de él. No, amarlo, no—me contestó. Antes sí, él no bebía. Ahora lo que le tengo es lástima. Pobrecillo!—añadió tristemente. ¿Qué haría sin mí? Soy el único ser que en este mundo le quiere un poco.

No repliqué nada porque pensé que en la vida grosera de aquel hombre quizá la sola cosa agradable y limpia con que tropezarían sus ojos, sería con la figura dulce de esta mujer. La sonrisa cariñosa de ella, fué para mí, en la vida de él, como una flor que hubiera nacido sobre el fango! ¿A qué cortarla?

No porque ella creciese sobre el lodo dejaba de ser flor. Y luego era tan caritativa y suave la seda de sus pétalos brotando sobre aquella negrura!... En semejante sitio su humilde hermosura me parecía de más realeza que la de la más bella rosa que creciese en un jardín cerrado. Había tanta misericordia en sus palabras: «qué haría sin mí? Soy el único ser que en este mundo le quiere un poco!...»

Una tarde al regresar de mi trabajo no la encontré en casa y me contaron se había ido enferma. Una semana después supe que seguía mal. Me decidí á ir á verla. Vive en una habitación muy pequeña é incómoda. La encontré en el lecho, con fuerte calentura, pero al verme me saludó con su dulce son-

risa de siempre. Me habían informado de su mejoría, ¿qué le ha pasado, pues, que ha vuelto atrás?—la pregunté. Sí, estaba mejor—me contestó con voz débil y anhelante,—pero la otra noche, la noche del temporal, ¿recuerda? tuve que levantarme. *Aquel* hombre estaba de viaje y en la madrugada, cuando más llovía, llegó á caballo. Venía muy embriagado y le oí caer. ¿Qué le parece? ¿Cómo lo iba á dejar entre el barro, bajo el aguacero? Estaba sudando la calentura, pero ¡me daba tanta lástima! Me costó mucho llegar al patio; como pude lo ayudé á levantarse y lo traje á la cama para quitarle el vestido empapado. Me había vuelto á recoger en esa banca, cuando me acordé del caballo que había quedado afuera, con la montura puesta. Tuve que salir de nuevo al patio, desensillarlo y dejarlo atrás de la casa, bajo el cobertizo. ¡Pobre animal! Sentí deseos de llorar al verlo tan cansado y lleno de barro. Ya ve: *seguro la mojada* me puso peor.

Su relato fué contado con esa prolijidad que acostumbra siempre la gente del pueblo, pero con tono sencillo, como se refieren las cosas más natura-

les que no cuestan ningún esfuerzo. Yo me sentía emocionado. ¡Dulce y amable criatura! ¡Cuánto me ha hecho filosofar! Se conocía que sufría, porque tenía los labios secos por la fiebre y por su respiración anhelante; pero no se quejaba. Cada vez que me sorprendía mirándola, me enviaba una de sus sonrisas amables.

Reflexione usted—añadió mi amigo—y piense de dónde le nace á estas sencillas gentes portarse así? ¿No cree usted que en sus corazones existe una fuente natural de bondad? ¡No imagina usted cuánto me conmueven! Hacen el bien como cantan los pájaros que al hacerlo no piensan en mérito alguno y sin embargo llenan de alegría el bosque.

No olvide mi pequeño relato y no sepa mirar á su prójimo sólo con desconfianza y disgusto. Cuando conozca un acto indigno, no llene de amargura su corazón; piense cuántas silenciosas y bellas acciones se estarán realizando al mismo tiempo, y esto la consolará y la hará mirar con más simpatía y misericordia á los pobres hombres.

CARMEN LIRA

## La novela de las horas y de los días<sup>1</sup>

(Fragmentos)

Septiembre 29 de 19\*\*

Fué Zola el ariete más formidable de su época. Cada uno de sus macizos volúmenes era una mole monstruosa que rodaba desde la montaña hasta el valle difundiendo la confusión entre los malos. Cada página 'suya abría en la tradición grandes grietas por donde se filtraba después el bálsamo de la regeneración anunciada. Tenía su prosa reflejos de sable corvo que lo mismo sirve para el combate que

para la labor benéfica de los campos. Y resonaba su voz con tan augusta serenidad sobre las tierras, que parecía brotar de la garganta de un ser extraño á nuestra vida.

Los *Rougon-Macquart* son el requisito más implacable y más severo contra la sociedad corrompida y venal que preparó la derrota de 1870. Todas esas páginas, que algunos han tachado de inmorales, porque presentan, con la cruda sinceridad de un hombre honrado, el cuadro lastimoso de las últimas palpitations de un régimen, encierran una lección moral decisiva que todos acabarán por comprender. No se complace Zola en exhibir las llagas y las podredumbres de un universo en descomposición con el fin de

<sup>1</sup> De las innumerables obras que lleva publicadas Ugarte—á pesar de su juventud—en esa fiebre impaciente de *hacer libros* que aqueja á nuestra intelectualidad bizarra y triunfadora—es ésta á nuestro juicio la que llevará su nombre más allá del olvido.

Libro delicado y armonioso que hace sentir las más intensas emociones.—LA DIRECCIÓN.

solazarse al removerlas y especular con la avidéz malsana de ciertos lectores, sino con el propósito preconcebido y calculado de provocar un estremecimiento de horror y curar de ellas á los hombres mostrando la horrorosa profundidad de esos abismos. Las más bruscas escenas, los capítulos más rudos, tienen siempre como epílogo ó moral de la romancesca fábula una enseñanza inapreciable para el que vé por encima de los detalles anecdóticos el encadenamiento y el origen de las cosas, la fuente del mal y el cauce del remedio. Sólo haciendo prueba de un empecinamiento inexplicable, se puede sostener después de haber releído los más osados volúmenes del enorme poema, que Emilio Zola fué un escritor inmoral. Por sobre las torpezas y los crímenes de los degenerados y los enfermos que su pluma ciclópea hace brotar del tronco de una familia, en la autopsia de una época y de una sociedad, flota un soplo tan poderoso de altruísmo, de justicia, de verdad, de transformación deseada, que parece que junto al cieno de la realidad presente, se alza la realidad futura que el novelista construye en su deseo.

Y ese propósito se afirma, se robustece y estalla en las grandes obras posteriores que como «Las tres ciudades» ó «Los cuatro evangelios» se acercan más al presente ó avanzan más hacia el porvenir. De la cloaca de los Rougon, que sintetizan la bajeza y el oprobio de una colectividad enferma, comienza á surgir con los Froment, al semilla de la transformación que debe convertir el pantano en un jardín lleno de flores. De la abyección presente sale la flecha luminosa hacia el porvenir. En *Lourdes*, en *Roma*, en *París*, fermenta el deseo y la ansiedad de una reforma vasta que ponga un poco más de azul en la vida. Y el hosco pintor de humanas podredumbres, el dantesco evocador de *L'Assommoir* y de *La Terre*, es también el alegre y sano constructor de las ciudades ideales de mañana que en *Fécondité* y en *Travail* levantan hasta las nubes sus delicados minaretes de ensueño. Después de ha-

ber hurgado en la espantosa realidad de lo que nos rodea, sus ojos se vuelven hacia el punto del horizonte por donde debe salir el sol. Y sus páginas son explosiones de justicia, de mansedumbre, de sano amor. Desde los altos andamios de sus capítulos, nos sonrío la cara gozosa del constructor, reconciliado con la vida en el porvenir. Y su prosa es como un repiqueteo de campanas de usina nueva, donde se cantan las glorias del trabajo redentor, y el encanto de la buena felicidad, en noble comunión con la naturaleza.

¿Cuál es el fondo filosófico de la obra de Zola? ¿Es pesimista? De ningún modo. Todo habla en sus libros de fuerza y de esperanza. Para convenirse, basta esta frase en que el genial novelista condensa su pensamiento: «La felicidad no está en la mentira y en la ignorancia. Está fuera de la ilusión, del ensueño vacío que enerva y desespera. La felicidad está en la aceptación valiente de la vida, que merece ser vivida por ella misma, y que debemos creer buena á pesar de todo. Está en la satisfacción del deber cumplido, en el trabajo bienhechor supremo que todo lo crea, que da la salud, que ordena y pacifica el universo, que es el gran consolador. ¡Qué importan las miserias y las abominaciones!» Zola ha sido el poeta épico del esfuerzo, de la labor tenaz, de la sana y vivificante acción. Y en estos tiempos de cobardía universal y de universal mentira, en que cada cual se encierra en su egoísmo y se aísla en su cueva para rellenarse el corazón con páginas de Nietzsche, es más admirable y más asombrosa aún la figura de ese atleta que pasa sembrando altruísmo por el desierto arenoso de la vida.

Y no es que el apóstol ahogara en él al escritor. Su prosa matizada y audaz, llena de medias tintas y de ímpetus vigorosos, llena de descripciones deslumbrantes y de atrevidas síntesis, es un río caudaloso donde se refleja el cielo. Todas sus verdades nos las da envueltas en bellezas. Nadie ha manipulado con él las situaciones y los hechos, los personajes y las cosas, creando

familias, dramas y catástrofes, levantando torres de ensueño, removiendo lo que existe, adivinando lo que puede existir, y dando vida á todo como Jové con el contacto de su mano. En párrafos de una potencia inverosímil, que son bloques de mármol cubiertos de rosas, ha analizado y ha expuesto el espíritu fundamental de dos épocas. En los *Rougon Macquart* el espanto del mundo en que vivimos, en los «Cuatro Evangelios» la religión del porvenir, la esperanza de regeneración. Y su gigantesca enciclopedia donde bulle toda la humanidad y todo el universo, quedará en la historia como un documento genial y probó que mostrará á las generaciones venideras lo que ha sido nuestra época de transición.

El estilo de Zola, á pesar de sus crueldades, á pesar de sus audacias de detalle, es un maravilloso kaleidoscopio por donde pasan todas las actitudes y todos los matices de la vida, sin destruir la suprema unidad poética del libro. Porque el autor de las epopeyas célebres que han sido traducidas á todas las lenguas, era, aún en medio de sus más crudos arrebatos realistas, un poeta romántico enamorado de las nubes, un alma de niño sensible junto á un cerebro de forjador de humanidades. Sin adjetivos y sin galas superfluas, con el gesto solemne de un dios, abordaba los capítulos más enrevesados de su complicada tesis, y de su pluma brotaban las palabras y los pensamientos con una claridad de manantial. Nada más donoso que sus ágiles y conceptuosos párrafos que saltan como cabras ante los ojos del lector, á pesar del peso de ideas que llevan en los flancos. Y nada más grandioso que los horizontes que evocan en el espíritu esos capítulos babilónicos y tormentosos que juntan al acre olor de la vida y á la áspera realidad de las cosas, no sé que penacho quimérico de caballeros andantes del ideal.

La obra del sólido constructor que acaba de morir quedará en los tiempos como una grandiosa síntesis de la vida contemporánea. Los años le añadirán

prestigio. Las nuevas generaciones irán á beber en ella enseñanza y vigor para las luchas próximas. Y el clarividente espíritu de Zola será un guía seguro para todos los navegantes.

Junto al escritor, se alza el ciudadano. No es posible olvidar la actitud del héroe del asunto Dreyfus. Cuando toda la coalición de las fuerzas del pasado se ensañaba contra una víctima, cuando el rigor de los prejuicios y las supersticiones caía de lleno sobre la cabeza de un inocente que gemía en una lejana cárcel purgando un crimen que no había cometido, Zola fué el osado y majestuoso Quijote que se abrió paso entre jauría, interpeló á los verdugos, fulminó á los déspotas y cubrió con su cuerpo el cuerpo del acusado. Su silueta inmensa dominó el entrevero del formidable debate que agitó tantas pasiones y retuvo la atención del mundo... Pero ¿para qué recordar lo que nadie ha olvidado lo que está presente y vibrante aún en la memoria de todos? El proceso Dreyfus, la batalla pavorosa á que dió lugar una imperdonable injusticia inicial mal reparada después por una ley de perdón que nada resuelve, no ha terminado aún, á pesar de cuanto afirmen los conciliadores de la política. Todo el limo que removió Zola con su poderoso remo, no ha sido sacado del estanque, y el agua no volverá á ser clara mientras duerma esa podredumbre en el fondo.

Quando la razón se abra definitivamente paso y se reanude la inevitable lucha por la verdad, la figura del gran ciudadano se alzaré en todas las conciencias. Porque ese ejemplo es inolvidable. Pocos hombres cubiertos como él de gloria, de riqueza y de consideración se resuelven á sacrificarlo todo en aras de una verdad, de una justicia, de un derecho que el egoísmo reinante y la indiferencia ambiente consideran casi como palabras. Esa nobleza de carácter, esa honradez fundamental que le hizo subordinar su felicidad, al bien ajeno, es el rasgo que mejor pinta á ese guerrero de las letras, cuya vida fué un combate ince-

sante contra la mediocridad, la costumbre y el error.

Los diarios antisemitas y patrioteros han arrojado ahora sobre su cadáver un aluvión de injurias. Uno dice «que ha sido necesaria la muerte para recordar al público ese nombre de Zola que se hundía todos los días un poco más en las tinieblas del olvido». Otro añade que: «parece que Zola se dió cuenta al fin del horror que inspiraba á todo el que tenía un corazón francés. Poco á poco se retiró de la batalla, y el público, que se alejó de él, no leía las elucubraciones fastidiosas, pretensiosas é interminables que publicaba bajo el título de novelas».

Y otro corrobora que «debemos esperar que los odios que suscitó desaparecerán con él y que la tumba encerrará para siempre el cuerpo de Zola y los últimos vestigios del asunto Dreyfus: será el primer servicio que habrá prestado á su país». ¡Pequeñas miserias humanas! Siempre encuentran los grandes hombres la principal resistencia en su propia nación. Parece que la tierra en que nacieron, lejos de agradecer la gloria que ese hijo le procura, rechaza el valioso presente y se ensaña contra el triunfador.

Pero si cierta categoría de franceses, una minoría apasionada niega á Emilio Zola su pedestal y sus méritos, el conjunto del país y el mundo todo saludan en él al gran pensador que comparte con Hugo el imperio del siglo. Y ante ese cadáver glorioso que atravesará mañana las calles de París entre el respeto y las lágrimas de millares de partidarios y de amigos, el universo se descubre; porque Zola fué el grito del porvenir, la primera claridad del

alba de fraternidad social y de justicia.

Septiembre 30 de 19\*\*

Como una enorme serpiente formada con hormigas, el cortejo de sabios, de escritores, de artesanos, de mujeres y de niños comenzó á subir la cuesta empinada, desde el centro de la ciudad hasta el arrabal lejano, escurriéndose entre las dos hileras de casas, cuyos balcones desbordaban de curiosos. Por sobre el mar de sombreros oscuros, surgían y resaltaban las coronas rojas que conducían los grupos revolucionarios. Un gran silencio envolvía á aquella multitud en marcha. Ni un grito, ni una voz... Solo de largo en largo, cuando un brusco remolino la crispaba, se levantaba de ella un rumor sordo, como el ruido de un mar... La policía la rodeaba y la ceñía como un anillo de voluntad en los límites estrechos del bulevar, amontonando á las gentes las unas sobre las otras para impedir que inundaran las calles adyacentes. ¿Hacia dónde se encaminaba esa columna de silencio y de dolor? Se hubiera dicho que hacia la gloria, capitaneada por un cadáver. Era el entierro de Zola.

\* \* \*

Si la tarea del que escribe consistiera en corear los errores en auge, si la pluma fuera un útil para hacer genuflexiones ante la opinión, valiera más renunciar á toda tentativa de pensamiento.

La pluma no es un expediente para satisfacer vanidades, sino un instrumento para obrar sobre la vida.

MANUEL UGARTE

## La voz del pueblo

Fuimos la enorme y funeral canalla, la que en los vastos campos de batalla derrama delirando su heroísmo para que triunfe el rey que la avasalla y viste su rencor de patriotismo; fuimos la enorme y funeral canalla que ofrece su sonrisa á la metralla.

Fuimos la multitud ciega y vencida que de los campos y de los bosques cuida; la que en los rudos llanos sin desdoro para engordar al grupo que la olvida prepara el fruto y las espigas de oro; fuimos la multitud ciega y vencida que muere de hambre y que reparte vida.

Fuimos la oscura plebe fascinada que en la nave del templo arrodillada se resigna al horror de su destino, y que ante el oropel de la fachada inclina su humildad y abre camino; fuimos la oscura plebe fascinada que adora la injusticia consagrada.

Fuimos el triste y colosal rebaño que entorpecido por un sueño extraño construye los palacios inauditos, el que sufre y trabaja todo el año para aumentar el bien de los ahítos, fuimos el triste y colosal rebaño sumido en las tinieblas de su engaño.

Fuimos el nervio, la pasión, la brava bestia que arrastra el peso que la enclava, la que aparta los montes, el atleta que con potentes músculos socava

las oscuras entrañas del planeta; fuimos el nervio, la pasión, la brava fuerza dueña del mundo y de él esclava.

Pero hoy aquella sierva escarnecida á los esclavos del dolor convida á conquistar con su porción de holgura la gloria inmarcesible y merecida de hacer del mundo un oasis de ventura; pero hoy aquella sierva escarnecida puede, en un gesto, renovar la vida...

Vamos hacia la cumbre donde ondea el estandarte rojo y nuestra idea... Vamos á libertar á los humanos y á difundir la aurora que clarea sin tasa para todos por los llanos... El estandarte que en la cumbre ondea signo de paz y de concordia sea!

## Sol de sangre

Por inmensos caminos solitarios, huyendo de ignorados campanarios, los peregrinos van—faltos de aliento. Y de aldeas siniestras y lejanas les saludan, al paso, las campanas, con notas que cabalgan sobre el viento.

El horizonte bajo el sol se dora, manchado por la sangre de una aurora que se teme á la vez y que se espera; las nubes se amotinan y se empujan y, como buitres, al huir, se estrujan en el espanto de la noche huera.

Tiembla y cede la tierra bajo el peso, se abre un abismo en el dintel del beso y todo es sepulcral, como una luna; sólo se oye el rumor sordo y la queja de aquella muchedumbre que se aleja con fatigas de mar, hacia su cuna.

En la sangre del sol busca su origen; torvos y extraños sentimientos rigen su reflujo fatal hacia la aurora; y jadeante, vencida y sin aliento, se arrastra, latigueada por el viento, royendo el amargor que la devora.

Y mañana al triunfar, cuando derribe la absurda sociedad que la proscribió, brillará como un sol á nuestros ojos. Sus pupilas extrañas y dementes, empapadas en púrpuras ardientes, parecerán dos corazones rojos.

Sus manos, impacientes de batalla, removerán la gigantesca hornalla donde alimentó el sol sus encarnados y, en la ruda apoteosis del incendio, la plebe se alzaré como un compendio de todos los sollozos ignorados.

MANUEL UGARTE

# CRÓNICAS SOCIALES

## Epílogos

### Nuevos esfuerzos

El Doctor Paul Gillie, catedrático de la Universidad de Bruselas, José Prat, valeroso y conocido escritor libertario de España, y el Doctor Andrés Marín, médico distinguido que ingresará pronto á este país, nos han escrito sendas cartas portadoras de estímulo para la obra de nuestra Revista. En esas cartas nos prometen su valiosa colaboración directa, que

será indudablemente un nuevo recurso de vida en estas páginas.

Don Elías Jiménez Rojas también reanudará desde el próximo número su labor interrumpida, con una sección *De todo y de todos*, que tendrá sin duda el interés práctico que siempre tiene la labor del sabio y distinguido amigo.

Con tales perspectivas, está de fiesta el grupo que alienta y sostiene la obra persistente que embarga nuestras energías.



## Viajero del Ideal

Mauuel Ugarte, el sembrador andariego que en estos días ha de posar su planta en esta tierra, es no sólo un poeta egregio y un prosista diáfano y garrido; es también un sincero combatiente de las luchas sociales, tan arrogante como joven, y tan incansable como convencido.

Para su encumbrada personalidad literaria, siempre tuvo homenajes nuestro pensamiento de artistas; para su figura de batallador social, — á la cual va dirigido este agasajo — tiene nuestra labor bosques de palmas y manantiales de fresca, sabrosa y cristalina fraternidad.

El campo en que Ugarte explana sus anhelos, es muy otro del sendero agujarrado en que vamos cantando nuestras canciones de esperanza. En las actuales abrumadoras proporciones de la contienda humana, casi podríamos decir que nuestras reespectivas banderas se lanzan silenciosos retos para futuros duelos á muerte, al flamear en los puntales de nuestras divergentes soñaciones.

El va con el socialismo á la conquista del Poder Político, seguro de que allí está esperando la voz de un *Resurrexit*, la anhelada ventura de los hombres. Nosotros quemamos ha tiempo nuestras naves al arribar á otras costas, lejanas de ese espejismo seductor, y ya no volveremos nunca hacia él. Perdida definitivamente la fe en el terreno deleznable y árido de la política, no arrojaremos más en él nuestra simientes destinadas á producir vegetaciones vigorosas. Sabemos que el génesis del malestar universal es la injusticia, y que mientras ella subsista, el mal persistirá. Y estando la autoridad basada en la más antigua é inconcebible de las injusticias, aspiramos á destruirla antes que á someterla al servicio de nuestra voluntad.

En cuanto al plan que informa la

prédica errabunda á que debemos el inmenso placer de su visita, tampoco es de los que cautivan nuestra devoción.

Es cierto que á la puerta de nuestros destinos, el oso yankee acecha con cautela. Para eliminar esa amenaza, preciso sería hacer volar la roca que nos sirve de refugio, y no es con pól-



( Cliché de ARIEL )

vora de literatura con lo que tal explosión vendrá á lograrse. Para obtenerla, la América amenazada tendría que apersonarse en un esfuerzo de solidaridad nunca ocurrido, y para ello los discursos ya no son necesarios. De memoria saben estos países pequeños el rumbo de su salvación. Solo falta que las naciones grandes del Sur, afanadas en las revueltas de un rencor secreto,

se decidan á tocar la llada formidable. Es cerca de ellas, donde debe ejercerse la gesti3n más efectiva que ret3rica, propia al momento actual.

Pero eso ¿qué importa? Para amar á los hombres todos, y admirar á los que tengan algún título nuestra admiración, no pedimos a conformidad de pareceres harto difícil de encontrar. Exigimos tan o sinceridad completa en el orden de esas que ellos profesen, y lógica rotunda en el acervo de acciones que ejecuten.

Manuel Ugarte, al renunciar voluntariamente á las supremas del rango social que era suyo parlanzarse á la batalla por los humildes al rechazar luego las preeminencias que en esa brega le fueron justamente otorgadas, ha marcado su labor con un sello de desinterés y buena fe, se reclama el homenaje de todas las edades.

La nuestra se inclina á saludarlo.

La cocina escolar

Perpetuando de manera eternamente simpática el recuerdo de doña

Julia Lang—su bondad fundadora—la institución de la *Cocina Escolar* presta en el silencio de las acciones humanas meritorias un servicio apreciable. Hay que ir á verlas las mañanas, á la hora del almuerzo, la bandada de niños desvalidos gorjeando en torno de una merienda sana, aunque escasa, servida con cariño y comentada con dulzura.

Se piensa allí, á la vista de los hechos cumplidos, en la manera fácil cómo la voluntad resuelve parcialmente en la pequeña vida que integramos, los más difíciles problemas del conflicto social. Se siente entonces que no son tan irremediables como á primera vista parecen, los torbellinos que al lote humano desesperan; y se palpa en su verdadera atrofiante significación la gran fuerza de inercia que mantiene enjaulada en sus conciencias, la iniciativa de los ricos.

Si el criterio domina en las clases directoras y acomoda fuera todo

lo *espiritual* que aparenta el pobre resultado de sus adormiladas actividades, se explicaría la preocupación dominante de atiborrar de conocimientos las cabezas infantiles, mientras carecen de todo alimento los estómagos. Pero no, que entre los principios del credo social contemporáneo, el espiritualismo está relegado á la condición de adorno y sus reflejos no guían ya los pasos de los hombres en el camino de sus empresas cotidianas.

Es un simple abandono inconcebible el que hace á los que pueden, desentenderse del cultivo de las energías físicas de las generaciones escolares.

Por eso la simpática y mil veces amable institución de que hoy tratamos, constituye un esfuerzo aislado lleno de inteligencia y de sabiduría, en la contemplación del cual debieran deleitarse todos los que aquí presumen de interesarse en la cuestión educativa, y todos los que para los afanes de mejoramiento social tienen sonrisas de escepticismo y gestos de conmiseración.

Doña Ester Silva, la abnegada Directora de esa institución—que no sólo da su esfuerzo de todos los instantes sino que además suple con los ahorros de su escaso salario las inevitables deficiencias económicas del servicio—representa para nosotros, rodeada de sus centenares de niños necesitados, la encarnación viva del principio de una orientación social más práctica y segura. Alimentemos á los niños, parece decir con su actitud desprovista de alardes, y los hombres serán más felices porque estarán más sanos.

Nosotros hemos sentido en lo hondo de nuestro corazón ese elocuente reclamo. En la *Cocina Escolar* hacen falta aún muchos recursos que el esfuerzo colectivo puede suplir sin gran esfuerzo.

¿Quién quiere ayudarnos en la tarea de procurarlos?

JOSÉ MARÍA ZELEDÓN

El N° 16 de la *Colección Ariel* contiene varios escritos del pensador argentino Manuel Ugarte.

Por el soplo de democracia de que están animadas sus páginas, por los excelentes consejos que da á nuestra juventud, este folleto merece leerse.

Valde 50 centavos y se vende en las Librerías.

# BIBLIOTECA DOMENECH

## NOVELAS INÉDITAS

originales de los principales autores ESPAÑÓLES y AMERICANOS

alternadas con

LAS MEJORES PRODUCCIONES LITERARIAS del Extranjero

Tomos lujosamente encuadernados de 225 á 300 páginas

**A cuatro reales tomo**

OBRAS PUBLICADAS

Almas anónimas, Eduardo Marquina.  
Manzana de Anís, Francis Jammes.

El caso Leavenworth, esta obra consta de dos tomos, A. K. Green.

Jacobé, Joaquín Ruyra.

Zalacain el aventurero, Pío Baroja.

Juventud de Principe, W. M. Forster.

Tom Sawyer, *detective*, Mark Twain.

El amor catedrático, G. Martínez Sierra.

La enjuta, Víctor Catalá.

Dios salve á la Reina!, Allen Upward.

La bella dormía en el bosque..., François de Nion.

Rebeldía, Joaquín Dicenta.

El señor de Halleborg, A. Hedenstjerna.

Casa por alquilar, Carlos Dickens.

Minnie, Andrés Lichtenberger.

El dragón de fuego, Jacinto Benavente.

Boda oficial, R. H. Savage.

Rey en la tumba, Anthony Hope.

Fausto, Ivan Turgueneff.

El silencio, Eduardo Rod.

Jerusalén en Dalecarlia, S. Lagerlof.

Historias de locos, Miguel Sawa.

Kolstomero, León Tolstoi.

Ernestina, Prudencio Bertrana.

El hurto sabroso, novela árabe, traducida por José Carner.

Apuntes de un desconocido, 2 tomos, Fedor Dostoyewsky.

Las cerezas del cementerio, G. Miró.

El espada Montes, Frank Harris.

La voz de las campanas, C. Dickens.

### EN PRENSA

En preparación la sentidísima novela, de fama mundial, del insigne novelista americano JORGE ISAACS, **MARIA**.

La edición de esta obra á cargo de la «Biblioteca Domenech» será la mejor de cuantas se hayan publicado.

La ilustrará profusamente el celebrado dibujante J. JUNCEDA.

Nerto, Federico Mistral.

Sus hermanas, Henri Lavedan.

El Lunar, Alfredo de Musset.

La Puñalada, Marián Vayreda.

Ansias de Vida, Luis Q. Huertos.

Se atienden órdenes por correo si van acompañadas del importe

AGENTES EN CENTRO AMERICA:

**Ricardo Falcó M. y José María Zeledón**

7ª Avenida, Este, 247.—Apartado 638, SAN JOSE, COSTA RICA

### OBRAS NUEVAS

Apuntes de un desconocido.—Las cerezas del cementerio.

El espada Montes.—La voz de las campanas

El dragón de fuego y Fausto que estaban agotadas hacía tiempo.

# ALMACÉN DE VÍVERES

Tejidos de todas clases,  
Vinos, Licores, Ferretería, Perfumería, etc., etc.

Todo exclusivamente por mayor

# La Alhambra

Esta casa no tiene sucursales

## PAGÉS Y COMPAÑÍA

## Pan para Todos

de excelente calidad, elabora la

## Panadería de Pablo Torrens

situada en la Cuesta de Moras.

Invítanos á nuestros lectores  
y al público en general, á pro-  
teger esa empresa.

### SE SIRVE A DOMICILIO

Apartado de Correos No. 30

## FOLLETOS EN VENTA

Céntimos

Las Tenazas, comedia en tres actos, por Pablo Hevieu .....	0.50
La Epidemia, comedia en un acto, por Octavio Mirabeau.....	0.25
La Jaula, cuadro dramático, por Luciano Descaves .....	0.25
Aspecto social de la lucha contra la tuberculosis, conferencia por el Dr. Ogeraltó. ....	0.25
Ni Dios ni Patria, por Benjamin Mota .....	0.15
Palabras de actualidad, por Anibal de Pretti.....	0-15
Cómo vivimos y cómo podríamos vivir, por William Morris .....	0.15
El poseedor romano, A. Lorenzo. ....	0.15
La unión revolucionaria, J. Grave. ....	0.10
La mujer desde el pasado al porvenir, José Sergi. ....	0.10
El problema de la población, Sebastián Faure. ....	0.10
La libertad, Bernardo Lazare. ....	0.10
El individuo y la masa y La Educación de la libertad, A. Pellicer Peraire. ....	0.10
¿Dónde está Dios?, M. Rey. ....	0.10
La mujer esclava, René Changhi. ....	0.05
En tiempo de elecciones, por Enrique Malatesta .....	0.05